

# Carta



El Pícastro  
53

# DEPARTAMENTO DE POLICIA

## PAPELETA DE CONCHAVO

Su valor **50** cts. m.p.



~~No. 7~~

Don Indora Castro  
natural de Bolivia  
y vecino de Jujuy

se conchava por ante este Departamento de Policia  
con el Señor Don Martina Ede Ruiz  
por el término de tres meses

ganando por salario tres pesos nacionales  
o mensuales y la comida  
cinco y cinco centavos para lo viviente y la patrona

Para el exacto cumplimiento de ambos, firmamos  
por ante el Comisario que suscribe.

Jujuy, enero 13 de 1887

M. Quintana  
Comisario

Patron

Peon

de Doña Martina E. de Arce y de Indira Castro  
no saber firmar por no saber firmar  
Fortunato Basilio Manuel A. Lopez

HOMENAJE

de

TARJA

al

grabador

ABRAHAM VIGO

al

escritor

RICARDO ROJAS

fallecidos el 27 y 29

de Julio de 1957 en Bs. As.

# DEPARTAMENTO DE POLICIA

## PAPELETA DE CONCHAVO

Su valor **50** cts. mps.



~~No. 7~~

Don Indora Castro  
Jefe de Policia  
y vecino de Jujuy

se conchava por ante este Departamento de Policia  
con el Señor Don Martina Ede Ruiz  
por el término de tres meses

ganando por salario tres pesos nacionales  
mensuales y la comida  
veinticinco centavos paga lo vivienda y la patrona

Para el exacto cumplimiento de ambos, firmamos  
por ante el Comisario que suscribe.

Jujuy, Junio 13 de 1887

M. Quintana  
Comisario  
Patron Peon

A cargo de D.ª Martina E. de Ruiz A cargo de Indora Castro  
Ruiz por no saber firmar por no saber firmar -  
Fortunato Casco Manuel A. Lopez

146

Ya sea en la forma individual del ensayo o del libro, o en los considerandos sobre hechos que provocan la urgencia de los manifiestos colectivos, desde hace muchos años, aquí y en todas partes, se insiste convenientemente sobre los derechos y deberes de los escritores. Sin tener la pretensión de agregar nada nuevo al tema, casi agotado en lo que se refiere a su esencia como ineludible problema de la cultura, queremos, sumariamente, recalcar conclusiones que no por viejas dejan de tener la actualidad y el válido poder convincente que tuvieron en sus orígenes.

Si bien cambian las exigencias del medio en que al escritor toca desenvolverse, entrando a considerar esta actualidad, vemos que sus deberes y sus derechos, al par que provocan las definiciones individuales, anhelan la fuerza constructiva y solidaria de todos los que trabajan en un campo común, como necesaria y única condición para que cabalmente se cumplan unos y otros.

Dejando de lado las posibilidades que ofrecen los innumerables caminos analizados, esta es la muy feliz constante que se desprende de los numerosos pronunciamientos, libros y ensayos.

Los deberes, demás está decirlo, nacen de la mayor o menor convicción que tenga el escritor respecto de la eficacia que en sus manos pueda representar el oficio y la sensibilidad que posee, más el grado de honestidad con que emplee ambas cosas y más el inteligente conocimiento de lo que el medio exige de él y de lo que él pueda dejar de valadero en ese medio. También hay un deber de límite impreciso entre lo estrictamente literario y lo generosamente humano; un deber de solidaridad precisamente ubicado en el umbral de la prosa labrada o del verso medido: una actitud social.

A raíz del acto público en el que fueron entregados los premios a las obras de cultura, en su editorial "Los Intelectuales y la Libertad", "La Prensa" del 20 de junio último, dice: "Amenazas, persecuciones, tortura y cárcel, fué el tratamiento que se le dispensó a más de uno. Los que se vieron obligados a buscar asilo allende las fronteras, conocieron las amarguras del destierro, morales o materiales. El país no ha reconquistado todavía todos sus intelectuales prófugos por el "delito" de no querer vivir en la servidumbre. Es hora de pensar en ellos cuando se premia justamente a los que no perdieron la fe en la dignidad presente y futura del hombre libre". Esta actitud social, de miras tan elevadas, al par que enaltece armoniosamente su condición de escritor y su dignidad de hombre, da derechos.

De todos ellos, el más elemental es el de exigir al medio un absoluto respeto a su labor. Insistiremos en esto y no puntualizaremos las imperiosas necesidades de índole material (organización gremial, casa de descanso, ediciones, etc.) porque es precisamente por lo que muchos escritores, al comprobar que la literatura es algo muy distinto a un juego intrascendente, han lu-

chado y luchan desde antiguo y muchos artistas dolorosamente, hasta con el pago de sus vidas, nos lo han advertido. En las biografías, o en las mareas tumultuosas de los pueblos a través de los siglos, encontraremos miles de edificantes paradigmas de lo costoso que ha sido para el hombre, el mínimo paso con que avanzó por el campo de la inteligencia "Los bárbaros modernos se erigen en despreciadores de la civilización humana y hacen que todo parta de ellos, como si anteriormente nada hubiera existido. No cuentan para ellos ni los constructores de las catedrales que fueron uno de los momentos de la civilización humana, ni los monjes anónimos que, en la noche de la Edad Media, no dejaron extinguir la llama de la cultura y del saber. No cuentan para ellos, ni los pioneros del pensamiento libre, Juan Huss, Savonarola, Esteban Dolet, que sacrificaron su vida por sus ideas, ni los filósofos, ni los pensadores que abrieron nuevos horizontes al espíritu humano". (Duclós, "Los Derechos de la Inteligencia", Montevideo 1939).

Los derechos quedan igualmente coartados, cuando sensibles o insensibles presiones económicas y morales confluyen hacia la labor del escritor.

Necedad, o egoísmo "de los que se instalaron en la vida como en un cómodo sillón", sería no hacer caso a todas las advertencias que nos grita la historia. Y sin embargo, esto podría ocurrir al pretender desconocer los más elementales deberes y derechos.

No hace falta detallar cuál es actualmente nuestra situación. Sólo decimos que ni deberes ni derechos han sido plenamente observados y conquistados. ("El país no ha reconquistado todavía a todos sus intelectuales". La Prensa, párrafo citado). Por lo tanto el axioma aún es válido: cualquier ataque a un escritor significa la constante amenaza para el resto de los escritores.

A esta altura de la evolución cultural en nuestro país, es necesario entrar de lleno de una buena vez, a analizar limpiamente, entre todos, nuestros deberes y derechos y a tomar medidas que afiancen su libre ejercicio. Porque descontada la honradez, aseguramos que todos son lo suficientemente lúcidos y tienen la imprescindible calidad humana, como para evitar las dolorosas experiencias conocidas y trabajar por el futuro individual y colectivo, asentado en el horizonte de la patria.

"Creemos que ha llegado el momento de que se coordinen esfuerzos en pro de todos. Ansiamos ver a los escritores unidos en un esfuerzo cultural que tenga más altas miras que los intereses particulares o el afán de sobresalir política o públicamente". ("La Nación" — El Escritor y el Libro — 13 de Junio 1957).

# COYA



*Lo amasa imagen  
de dura greda  
un descarnado rumbo  
de tola y piedra.  
Lo alisa el viento  
de astada arena  
y de tan cerca, el cielo  
distanciado lo deja.  
El sol lo piensa  
sumisa leña;  
sólo en el ojo  
la savia es tierna.  
Desde su manso estar  
entre ajadas ovejas  
el tiempo se le vuelve  
distancia y quena.  
Dura en la nada  
junto a mínimas siembras  
hacia el quemado río  
de las molindas.  
Desde su alto lagar  
de sal y tierra  
días iguales beben  
su opaca espera.*

MARIO BUSIGNANI - Jujuy 1936

# ERA UN SOLO HOMBRE

fragmento

El calor se doblaba con el crepúsculo. Calor y tarde de un día más en el monte. Terminado otro día de trabajo, junto a los bueyes, llegaban hachadores y zorreros. En el obraje se movían fuera de costumbre: era día de pago. Día forastero que corta de por medio al mes.

Esa noche hay licencia para armar ilusiones y recordar. Hacer frente a la hechicera modorra de la luna, al latido certero de los ríos, a la magia impenetrable de la noche en el monte que a fuerza de insistir derrite los músculos al sueño. Esa noche la vela envejece hasta morir, continuándose en otra llama que se alimenta de cosas lejanas y perdidas. Cuestión de mirarse extrañados, con un infantil deseo de contar. Contar largamente aquellas historias repetidas de los hombres. Se sentirán cerca el uno del otro, con plenitud satisfecha y contacto silencioso. Tendrán inmensas ganas de decir tan solo: hermano. Pero callan. Callan y fuman lentamente hasta que el sueño revuelve la alpillera de los catres y cara al cielo se entregan como flor marchita.

Cuando el alba hincha el pecho, se acarician más los mates, mientras los bueyes trajinados parten solos con la zorra a cuestas. Es día de encargo al fletero, al administrador, a cualquiera que vaya al pueblo. La plata ha de llegar atada en un pañuelo a la familia y de ahí al almacén. Sabedores de eso, los brazos se crispan con nueva fuerza ese día.

El filo de las hachas está cortando la mañana y rumbo al monte las alpargatas van calando una ágil huella que algún duende borrará a la noche.

Todo esto sucede quincena por quincena, entre los hombres que destruyen la milenaria faena vegetal y crean otro ciclo necesario a su existencia.

Pero aquella tarde o había más calor o no encontraron cedrales en los cerros.

—¡Aurelio Quispe! —cayó rotunda la voz del pagador— tomá, la cuenta de la proveeduría y el saldo.

Aurelio, más conocido por "el chaqueño", se quedó mirando los 65 pesos que el hombre puso en su mano. Más adentro, el dueño del obraje escribía en un libro grande.

—Oiga patrón, deben estar equivocados, hace un mes que trabajo y es la primera paga.

—Ah, yo no se. Eso arreglate con el colorao, yo no se nada de eso, respondió sin levantar la cabeza.

Interrogado con el gesto, el que oficiaba de pagador, le mostró unas boletas — coca, carne, alpargatas...

—¡Claro! y ésto está pagao con 60 cubos de cedro y 10 de quina!

—Mirá, aquí no te vas a hacer el prepotente porque te voy a sacar...

Con un ademán brusco el colorao trató de intimidar al chaqueño que les gritaba.

—¿Y pa eso me han traído de Payo, pa trampear-me?

El patrón dejó de escribir y levantándose dijo a todos los que allí estaban, según su mañosa costumbre de irse sin terminar de pagar:

—No se paga más, mañana vuelvo — y comenzó a arreglar las cosas para retirarse.

El chaqueño, enardecido y maldiciendo, salió del rancho que servía de proveeduría.

—Junas grandísimas, qué se habrán creído esos gringos basuras, ahura van a ver.

Como un felino fué al quincho y volvió sin darles tiempo a salir y los paró de un grito:

—¡Aquí me van a pagar lo que me deben o los rebano a los dos! No hacía falta más que mirar a Aurelio Quispe para buscar un lugar donde esconderse. Una sogá de ira había envuelto el rancho, un machete palpitaba abriendo negras bocas y un resplandor filoso de hacha relampagueaba como víbora. No había por donde salir. El chaqueño tapaba el lugar con su sombra. Más crecida que los cerros, su figura se destacaba jadeante en la indecisa claridad. Era un solo hombre, y era todo.

Nadie se movió, ni con gritos ni con amenazas. Sólo los bueyes agradecían, con su acompasado rumiar, la diaria ración. La sangre hecha un volcán, seguía martirizando las sienes de un hombre que se había jugado una carta brava.

—¡Salí gringo fiero, te voa capar!

Pasó mucho tiempo así. Una fogata dió salida a la noche. Era la mano estirada de la selva y con olor a monte profanado, que tenía del cogote a aquellos hombres encerrados, como una venganza de los árboles, natural repulsa de la justicia elemental.

Con un: ¡Págueme!, cerró la noche el capítulo del día y un motor acelerado ponía luego distancia entre obraje y dueño.

Esa noche todos iban a pensar en el chaqueño y a lo mejor a conversar de él. Tirados en el catre, algunos iban a sentir en la coca machacada, el pasar de otras tierras y otras cosas y otras voces, hasta que la voz intermitente de los ríos vaya secando los oídos y el rumor del monte, asentado definitivamente sobre aquellos cerros, asuma el cierre del diario capítulo del hombre.

Aurelio Quispe fué despedido y volvió a Payo, donde había trabajado antes. Todos lo sintieron porque era un buen zorrero y porque era bueno, como todos. Con el tiempo vendrían otras pagas y los hachadores se acordarían de él, recreándolo para una estrella de soledad, allí donde la tierra se da eternamente y le recuerda, de vez en cuando al hombre, que es su imagen y su luz. —



# LLUVIA EN LEDESMA

(fragmentos)

Vengo a buscarlo todo y a buscarme.  
Aquí estoy y estaré. Aquí he de darme  
ya poblado de sombras a la Sombra.

JORGE CALVETTI

152

Esta es la lluvia apacible  
de Ledesma, en febrero. Recordad cómo yacen  
las cosas con nosotros, junto a la sombra húmeda  
de los cañaverales. A lo lejos la tarde  
con álamos de inmóvil y sombrío azul  
mientras el desolado silbo del chalchalero  
cruza el aire brumoso. Con intensa  
lentitud nos movemos y estamos silenciosos  
viviendo en una dulce hondonada de América.  
Detrás del escaso rumor de la gente, en alguna  
parte, transcurre el río, con su cuerpo intratable,  
constantemente herido por la piedra del norte  
que viene de lo alto del mundo, la soledad  
de las estaciones del año.

Algunos vinieron del sur, eran jóvenes  
y tenían la piel blanca. Inagotable y vasto  
hallaron el escarnio del verano, animales y hojas  
pesados de agua entre los hombres. Con fatigado asombro  
quebraron la gravedad codiciosa del barro  
que arrastraba hacia abajo la llama insegura  
de sus ojos. Y se fueron callados  
con ardientes papayas y mangos  
que hacia el sur se pudrieron en el tren.  
Allá, de noche, habrán reunido a sus amigos:  
y era América el silencio  
instalado de pronto bajo sus frentes...

.....

Y esto sabemos:

que América es dura y trata de no seguir solitaria,  
que toda interrogación es inútil y es desolación  
en el lujo de la mente, cuya región desconcertada  
invaden la sed, la implacable devoción al sol,  
la maldición de pantanos y arenas, la razón  
de los ríos y los árboles y los animales.  
Esto sabemos: que vivir en América  
no es haber meditado primero, ni colmar de antemano  
el conocimiento de amor para construir después,  
simplemente América debe confundirse ahora  
con la aceptación de sus vastísimos vientos.  
Los que llegaron del sur y se fueron  
con perplejidad y con frutas conocen  
esta lluvia de febrero, en Ledesma. Conocen  
la codiciosa marea de los aconteceres naturales,  
el transcurrir implacable de las formas  
levantadas por la arcilla entre los cerros  
para desmentir nuestra lucidez de hombres  
que pide memoria y sentido.  
Pero América no exige justificación ni puede darla;  
América es su propia justificación y es la nuestra.  
Esto pensad los que habéis partido, hace tiempo,  
en verano. Los dioses del río que viene de la soledad  
y se oye detrás de los cañaverales se sientan  
en nuestra mesa. Su sentido es oscuro  
pero único: su explicación requiere  
soplar sobre la arcilla de América. Tal el secreto  
del silbo desolado del chalchalero  
en el aire brumoso, el sombrío azul  
de esta lluvia de febrero, en Ledesma.

153

JOAQUIN O. GIANNUZZI

JUJUY

## AFICION Y PROFESION EN EL ARTE

"No se puede escribir de verdad en poesía sino lo que hemos sufrido, y ya no digo vivido. La universalidad de la poesía, música, pintura, teatro, cine, nace de su vinculación vital a una tierra y a una época. Así se logra que sea eterna y universal".

(De "Guatemala", por Luis Cardoza y Aragón).

154 En estos pueblos nuevos de América formados, casi todos y en particular el nuestro, por conglomerados heterogéneos de inmigraciones europeas, generalmente prófugas del hambre y la miseria, es dramático y heroico para la juventud, emprender, como tarea humana, el camino del arte. La primera labor de estos nuevos pobladores, que en fiera y criminal lucha desalojaron al indio en casi toda nuestra pampa, fué cubrir esas necesidades primarias; y ante el mosaico tan variado de razas, el desarrollo de la cultura necesitó de dos factores fundamentales, que se daban elementalmente, o no se daban: **el lenguaje común** y **el amor a la tierra**. Mas, superada esa hambruna, en el fértil y magnífico suelo americano, aún luego de un par de generaciones, va quedando en herencia, un complejo de vergüenza y de culpa en quienes abrazan el trabajo de la cultura. A tal punto que, a no pocos jóvenes les es difícil, ante el medio social, declararse poetas, plásticos, actores . . . o titiriteros; cuando por antítesis es normal y respetado, en el concepto general, la actividad del vendedor de corbatas, el fraccionador de vinos o el comerciante; actividades necesarias, sin duda, pero indudablemente no más necesarias que aquellas para el desarrollo armónico e integral de la vida de un pueblo.

El primer planteo en la labor artística: la afición, se comenzó a cumplir. Efectivamente, con el estómago más lleno, el nuevo hombre de América —ni indio, ni español— comenzó a sentir la necesidad de la expresión artística. Así surgieron legiones de aficionados al teatro, a la poesía, a la plástica, que bosquejaron el nacimiento de un arte nacional, con características propias; pero es indudable, que este nacimiento necesitó ya de otro tipo de artista para su desarrollo. Comenzaron a surgir los interrogantes elementales del conocimiento de nuestro suelo, de nuestro pueblo, de nuestra economía y nuestros problemas. Esa afición empezó a resultar insuficiente para artista y pueblo, y se fueron formando los pioneros del trabajo del arte. Hacia falta vivir de esa actividad, para dedicarle la vida a esa actividad. Los más inteligentes supieron encontrar el pago de su tarea en la sociedad, otros hicieron un comercio con su oficio... y nuestro talento quedó en el camino, frustrado y postergado.

Hoy, en momentos decisivos de la historia Americana, tenemos en el mismo frente de la lucha por la cultura, a dos tipos de artistas: profesionales y aficionados. Y aunque inspirados ambos en iguales anhelos de superación cultural del pueblo, lo que es esforzado en aquéllos, quizás sea de flaco favor en éstos. Indudablemente, con el tiempo fatigado por otra tarea, el que se dedique a cualquier rama del arte difícilmente pueda lograr ni oficio ni creación —si consideramos a ésta como una resultante no sólo del genio personal, sino a éste unido al conocimiento pleno del medio, su habitante y sus problemas— y por consiguiente, una tarea seria y responsable.

La diferencia de labor entre unos y otros, se acentúa en el hecho de que aquéllos, al mismo tiempo que dan el fruto de su trabajo, van plasmando el cauce de lo que será una profesión y formando conciencia de ella, ante un medio de origen cosmopolita y profundamente mercantilista.

Nuestro país —América entera— no podrá encontrarse a sí misma y expresarse ante el universo sin el aporte valioso de un arte popular, surgido de sus hombres y de su tierra, que la caracterice y la una, que la enfrente y la hermane, que la conmueva y humanice. Y ésta, sin duda, no será tarea de aficionados.

155

HECTOR DI MAURO

Córdoba



## GONZALEZ

*En esa esquina estaban chata y siesta.*

*Venían de los pastos, del rocío.*

*Traían la raíz, la tierra, el cardo,*

*el berro gusto a barro, barrancón, barrera.*

*Reía y se caía ,como un pozo,*

*contaba cuentos cuantos como cuantas*

*madrugadas con huellas.*

*Se afeitaba el domingo, era un bigote abajo,*

*un hombre, un árbol, una piedra,*

*una ginebra dándole a la tarde,*

*un gonzález de veras.*

*Un día se murió como se mueren  
los que del pueblo son y en pueblo quedan.  
Sin remiendo en el alma, sin emponchada mueca.  
Siguió dándole copas a la tarde,  
ginebra a rienda suelta.  
Siguió encendiendo el fósforo,  
mirándose llegar, cantándole a su tierra.*

*La chata sigue estando.  
El tenía la risa como un globo:  
se infló, se fué de fiesta.*

*González se llamaba.*

*Era simple y así:*

*de chacra en una esquina  
y perejil colgándole la oreja.*

*Y una mano en nosotros.*

*Y otra mano en la vida.*

*Y otra en la vereda.*

*En esa esquina estaban.*

*Ya no están más.*

*Son huellas.*

**MARIO JORGE DE LELLIS**

**Buenos Aires**

# PLÁTICA

El escritor Pedro Juan Edmunds, comentando en este mismo número de TARJA la obra de William Shand "The malice of their clime", habla del estilo "insular" de este poeta; y el pintor Luis Pellegrini afirma: (TARJA 5|6 pág. 132- "Hoy todavía nos vemos obligados a decir: "el arte de los argentinos", para caracterizar una evidente falta de estilo.



A veces, resulta provechoso y conveniente formular (y formularse) algunas preguntas. Partiendo de los antecedentes citados podríamos suscitar una buena Plática si nos pusiéramos a conversar sobre la existencia o inexistencia de un "estilo argentino" en nuestra literatura. ¿Existen modos verbales, modos expresivos, (no vocablos, por supuesto) que puedan ser considerados argentinos? ¿Existe una prosa argentina, una poesía argentina, con elementos característicos que la definan como tal? Dentro de nuestra novelística, entre los cultores del cuento o de la poesía, podemos citar un nombre como representativo de un "arte argentino"? Tememos que ello no pueda ser posible. No se habla ni se considera el insulso y remanido arte "folcklórico" al uso.

Podríamos, sí, mencionar algunos escritores en cuya obra se siente la Patria. El primero de ellos: Don Leopoldo Lugones en sus memorables Romances de Río Seco, en algunos Poemas Solariegos, quizá Miguel A. Camino con sus bellos poemas patagónicos de indudable y nativa fuerza plástica, en algunos sonetos de Enrique Banchs, en algunos poemas de Borges, de Molinari, etc. Pero lo cierto es que en el plano de las formas cultas, el estilo argentino no está definido, no se ha decantado ni tiene fuerza suficiente como para caracterizarse, como para singularizarse.

Sin embargo, el pueblo sí ha logrado, en mucho mayor grado, expresarse peculiarmente. Puede corroborarse esta afirmación estudiando los Cancioneros Populares, vg. los de Juan Alfonso Carrilatinamente de lo español y cómo, poco a poco, fué adquiriendo un tono propio. Tanto que resulta de fácil identificación una copla

norteña o una cuyana y perfectamente diferenciable de una española o de una boliviana.

Esta comprobación, nos podría llevar a afirmar que entre los escritores se ha frustrado un proceso que se cumplió de modo feliz en el pueblo. En rigor de verdad, pensamos que lo ocurrido es lo siguiente: los escritores argentinos han trabajado (en su mayoría) de espaldas al pueblo. Siempre han buscado un arte de minorías. Es asombroso, pero gran parte de nuestros escritores desoye, desdén los elementos que el mundo que le rodea le ofrece. Aún los de más alta categoría estética. Además, una vocativa admiración por las abstracciones ilustres, (el infinito, el Ser, el Trasmundo) y una esforzada persecución de lo "inefable" son características antiguas de gran parte de nuestra poesía culta y no es ése —todavía— el camino que nos conducirá a reflejar en el plano del arte "Lo argentino".

Pensamos que el artista, (escritor o pintor) es un ser que está en mejores condiciones que el común de los mortales para establecer **precisas** relaciones con el mundo que le rodea. Por ello es doblemente lamentable que no se observe (hablo en términos generales) una búsqueda sincera, real, de lo auténtico, de lo nativo, de lo autóctono, porque esa búsqueda podría dar excelentes frutos. Para empezar, le daría la fuerza, la salud, la vitalidad de que carecen las suaves efusiones a que nos tienen acostumbrados los suplementos literarios dominicales.

Hemos demorado mucho tiempo. Hemos perdido mucho tiempo. El pueblo influyó más poderosamente en otras literaturas que en la nuestra. Ya es hora de que en nuestra poesía florezca un grito como éste que se escuchó hace muchos años (proferido por un hijo de suecos en los EE. UU.):

Yo también soy América . . .

Es dable comprobar, en el plano de lo político-social, que se está cumpliendo a grandes pasos, un proceso de evolución y maduración de los estados de conciencia populares.

El Demos, en nuestra Patria y en todo el mundo, es cada día más poderoso. Más elocuente. Dentro del Arte también se hará escuchar.

Nosotros, escritores, artistas, tenemos el deber de estar atentos. Se hará escuchar. Esperamos con optimismo su venturoso advenimiento.

**JORGE CALVETTI**

# LIRISMO Y FACILIDAD

Para TARJA

La seducción avasallante que sobre nuestros hombres de letras ejerce la poesía lírica, hoy atendida por innumerables adeptos, engendra cuantos y temibles regalos. Una heredada superstición moviliza a sus cultores locales, cuyo fervor dispendioso fatiga imprentas y abarrota librerías: consideran que el poema confesional se halla investido de una superioridad no compartida por ninguna de las restantes proyecciones imaginativas.

Innecesario es subrayar que ninguna teoría de los valores estéticos respalda esta divulgada creencia, tan extraña a las jerarquías propuestas por los tratadistas clásicos como apartada de los rumbos que siguen las más lozanas y reciente energías creadoras. Los autores clásicos nunca se avinieron a degradar la poesía dramática. Tampoco la épica salió menoscabada de las reflexiones que condensaron en sus libros. Ahora bien, si la "modernidad" puede ser decisiva en este orden de preferencias, cabe observar que la novela fluye con más juventud y poder radiante que la poesía lírica. El género narrativo, en sus formas actuales, sólo ha cumplido un siglo.

Conforme al prejuicio vigente, los impulsos cordiales y los movimientos del ánimo son los supremos objetivos del hombre de letras. Sólo alcanza estos codiciados fines el poema que nos comunica una ternura otoñal, un valioso temblor, un desmayo selecto. Lo importante, según puede verse, es potenciar un desvanecimiento y reducir a poesía un estado de alma. Las deducciones no son costosas: se tiende a canonizar las dádivas de una sensibilidad desligada, cambiante y destituida de coherencia. Tan azarientos regalos no bastan a traducir una definida concepción del mundo y puesto que no responden a norma alguna, carecen de aquella objetividad que es condición inseparable del arte. Así fecundada y ejercida, claro está que nuestra poesía lírica puede multiplicar sus criaturas de modo incesante y pavoroso.

La mayoría de sus fieles jura que no existe forma poética más digna y prestigiosa. En particular, los jóvenes le consagran una devoción no siempre recompensada. Los estímulos de esa incansable fidelidad no reclaman exploración alguna, puesto que son evidentes. Enumeremos los más notorios:

19. **El mito de la facilidad obscena.** — La poesía lírica, para muchos de sus cultores locales, excluye todo plan y no supone sacrificio alguno. Permite seguir la línea del menor esfuerzo: todo consiste en "dejarse llevar". En cambio la narrativa, la crítica, el ensayismo (casi baldíos entre nosotros) exigen tareas preparatorias y desarrollos orgánicos.

20. **El prejuicio jerárquico.** — A la ya enunciada carencia de normas viene a sumarse otro motivo de seducción que gana voluntades para la poesía lírica: el mito de su incomparable jerarquía. El poema lírico —suele afirmarse— no reclama fervientes indagaciones, penuriosos tanteos y obstinadas esperas. Esa facilidad activa, cuyos frutos son accesibles y de todos, es notoriamente ventajosa. —puesto que demanda una tensión mínima y concede un máximo de prestigio. Permite —el lenguaje comercial es inevitable— adquirir una aureola a bajo precio.

3º **El prejuicio místico de la gracia.** — Para sortear obstáculos y declinar problemas, el poeta invoca ciertos atributos sobrenaturales que lo eximen de todo esfuerzo realmente apreciable. Nimbado y como escondido en el esplendor de su propia leyenda, disimula el escaso rigor de sus construcciones y la simplicidad impúdica de sus tareas. Sus leyes no son las humanas. Puede resistir, ostentadamente, toda invitación a la coherencia y al método.

4º **El gasto mínimo.** — Razones de orden material y concreto militan en favor de esa abundancia, de esa leporina multiplicación poética. Como nuestro arquetipo lírico no erige vastas arquitecturas, sino que anota sus instantáneas emociones, puede llegar al público en diminutas plaquettes. El trabajo del prosista, por lo general, es más prolongado y más intenso. El verso consiente una mayor celeridad: dos pliegos bastan...

La sobreestimación de las potencias sentimentales es otro factor concurrente. No hemos enumerado este preconcepto porque se halla implícito en la superstición jerárquica. Por lo demás, ya señalamos la fuerte atracción que ejercen los impulsos cordiales: un estremecimiento vale más que una idea; el más trivial de los sonetos, si confiesa una perturbación del ánimo, reduce y desmorona a Samuel Johnson, a Saint-Beuve, a Groussac y otros gélidos prosadores.

Estimulado por su vanidad, ese poeta innumerable renuncia a toda labor y se limita a poner en juego sus presuntas, misteriosas riquezas. Con inmodestia ejemplar, admite que nació armado de todas las armas y desdeña los costosos hallazgos de la premeditación y del espíritu normativo. Su romanticismo urgente le permite rendir la Musa antes de haberla cortejado. La violación suplanta al consentimiento, ese delicioso y arduo consentimiento que para Giraudoux es la instancia más valiosa del amor.

La posición estética que dejamos enunciada revierte la corriente de nuestras letras al 1900 y, pese a la devoción de modernidad de quienes la sustentan, los muestra identificados con los muchos Fernández y Espiro de aquel entonces. Nos referimos a nuestro 1900, porque es sabido que en otras zonas del mundo poético ya había ocurrido el episodio Mallarmé — largo anhelo sin renunciamentos— y también la peripecia Whitman, cuyo mensaje depurado a través de muchas versiones, es trasunto de sus hondas y generosas batallas.

Cuando no hay problemática ni fervor ennoblecido por la espera, todo se resuelve en acción, en intensidad aplicada, en rendimientos. Entonces el ideal burgués de la producción en masa invade también el arte.

Nuestros premiosos líricos parten de la siguiente convicción: la autenticidad y pureza de un poema están en relación directa a la falta de escrúpulos de su autor. Se apoyan, también, en esta creencia: la reflexión es una herejía; enturbia la delicada corriente emocional e introduce elementos recibidos, exteriores, artificiosos. Se olvida que el poeta maneja palabras y que el idioma es cosa aprendida, vale decir, una convención y un artificio. Cierta literato porteño declaró alguna vez, con elocuente melancolía, que ningún libro podrá registrar con fidelidad las voces y los singulares movimientos de los irracionales. Como la mayoría de sus colegas aspiraba a lo espontáneo y lo sincero. Mauricio Ravel ha dicho que cuando uno se deja llevar de la espontaneidad, parlotea y no pasa de allí. Por otra parte, es innegable que más espontáneos y directamente expresivos de nuestros estados de ánimo son los sollozos, los balbuceos y los bostezos pero con estos evasivos materiales no es dable intentar poesía.

La tendencia a resolver un poema en pocos minutos y un libro en pocas semanas revela escaso fervor y maciza pobreza vocacional. La inquietud perfectiva y el obstinado laboreo son las mejores pruebas de adhesión profunda a la poesía. Contra lo que pueda suponerse, en el descuido y la autocomplacencia no se hallan los más puros manantiales de aciertos.

**Nada se quiere sacrificar; no hay verso que no pida la infinitud del**

tiempo; no hay página que merezca las honras secretas de la destrucción y el olvido. Esta ausencia de responsabilidad se conjuga con una insondable ausencia de procedimientos. Quienes así proscriben la duda aceptan con prontitud todos los regalos ocasionales y renuncian a poner en juego sus facultades selectivas. Puesto que todo les fué dado, creemos que su activa negligencia es justificable.

Estos desgastados se autorizan también de la subconciencia. El vasto acervo de lo aprendido y mecánico —no lo más viviente del ser— perdura en ese depósito sombrío. Por otra parte, ya observó Thierry Maulnier que no todo lo subconciente es poético.

Abolidas las leyes melódicas y descartados los desarrollos argumentales no queda más solución que adoptar el estilo divagatorio y proceder por acumulaciones. Entonces, cada verso trae una realidad y una atmósfera verbal distintas.

Tacaño de sus más árduas (y supuestas) riquezas, nuestro lírico argue que es innecesario colaborar con el alma. Ello explica la abundancia de libros que no son malos, sino previsibles. Las más veces, alcanzan cierto nivel pero sus milagros son accesibles y cotidianos. Ni gravitan sobre la evolución de la cultura ni trasuntan la intención de rebasar las formas hechas.

Conviene destacar que un equívoco dañoso pesa sobre el concepto de artesanía. Por lo general, se lo consubstancia con la busca de preciosas rimas y demás encantos exteriores. Hay una artesanía profunda que define las proyecciones más íntimas del poeta y que replantea todo el problema de la expresión. Sólo ella supera el mundo de las aproximaciones, elimina lo superfluo, somete los medios a los fines. Difiere notablemente de la "mera prolijidad, que es a la exactitud lo que la superstición a la religión verdadera". Solamente el fervor artesanal reúne y compromete todas las energías en una extrema tensión del ser. Esa operante inquietud suscita un desdén nada juicioso, y ya lamentable cuando quienes lo profesan luchan por la dignificación del buen obrero.

El hondo Valéry, que nada tiene de conformista, puede ilustrar nuestra queja: "Amo a esos amantes de la poesía que veneran a la diosa con demasiada lucidez para dedicarle la desidia de su pensamiento y la flojedad de su razón". Es evidente que el autor de "Charmes", —lo subrayan sus críticos— no se deja envolver en el nimbo religioso que tejemos en torno a los poetas.

Renuncia a endiosar la intuición ingenua, le asombra que nadie quiera llegar hasta el fin y no admite que se pueda fundar poesía sobre la gratitud y el azar. Entre nosotros, el placer que deparan sus libros hizo que se olvidara su conducta.

Nos atrevemos a interrogar de este modo a nuestros poetas aspasmódicos: ¿Cómo admirar la aventura sin riesgo, el prodigio hecho costumbre, la hazaña indolora?

No aspiramos a instituir ningún ascetismo estético; hemos adoptado un tono incisivo porque es misión de nosotros, los jóvenes, agitar a los espíritus adormecidos en la rutina y aquietados en viejos preconceptos. Quiera verse en esta página nuestro respetuoso amor a la poesía.

**CARLOS MASTRONARDI**

**Buenos Aires**

Gruñendo entredientes cambió de posición tratando de ponerse cómodo. Le resultaba imposible dormir. Quizás fuera porque la cama, muy dura, impedía un placentero desplazamiento del cuerpo, o tal vez sería debido a la discusión sostenida esa mañana con Gorcci, uno de sus clientes más difíciles. Aunque, analizándolo bien, esa desazón repante por sus nervios obedecía a motivos complejos, cuyas raíces se hundían en un tiempo distante.

El calor de la siesta concentrábase en el acre zumbido de un moscardón que revoloteaba enloquecido cerca del cristal de la claraboya. Su presencia lo llevó, sin quererlo cabalmente, a recordar otras tardes de verano. Era durante la niñez, allá en la casona de los abuelos. ¡Qué lejana y cuán intensa la evocación, sin embargo! ¿Acaso esa vitalidad del recuerdo no provendría precisamente de la simple felicidad alborotante estonces en su trémulo corazón infantil?

La abuela solía poner freno transitoriamente a su incesante travesear encerrándolo durante la siesta en una de las grandes habitaciones de alto techo. El, un chiquillo rubio revolcándose inquieto sobre el amplio lecho de hierro esmaltado, se distraía escuchando la voz del moscardón. Afuera, en el patio sombreado por los antiguos carolinos, el que-do llamarse de las palomas remarcaba la quietud de la hora. ¡Ah, qué dolorosamente tierno era evocar la edad maravillosa, irrevocablemente perdida!

Alguien golpeó la puerta, destruyendo las imágenes.

—Señor, son las tres — gangoseó un acento español.

—Está bien — respondió, molesto.

Comenzó a vestirse indolentemente. Detestaba esas habitaciones de hotel, tan impersonales, reacias a toda intimidad. Al abrocharse el pantalón observó, fastidiado, cómo crecía su abdomen. ¡Valiente aspecto iba a tener, ventrudo y de estatura apenas mediana! Esa constatación aumentó su mal humor.

Tomando la valija y el portafolio, atravesó un pasillo. Mientras descendía la escalera se encontró con otro viajante. La mirada de éste bailoteaba agudamente tras los gruesos espejuelos de los anteojos.

—¿Ya te vas, López?

Su voz también era aguda, cual si tuviera alfileres.

—Sí, terminé esta mañana.

¿Para qué diablos le daba explicaciones?

—¿Hacia dónde rumbiás?

—Sigo a Marcos Juárez.

—Yo lo hice ayer.

—¿Ah, sí? — moduló su indiferencia mientras reiniciaba el descenso.

Detrás del mostrador, la fina figura del hotelero, semejante a un lápiz quebrado, se afanaba inclinada sobre un libro de tapas grises.

—¿Tiene lista mi cuenta, Grandi?

—Hace rato.

Pagó, luego de lanzar un rápido vistazo al detalle que negreaba en la factura.

—Hasta la vuelta, Grandi.

—¡Adiós, López! Buen viaje.

Como la estación de ómnibus se hallaba cerca, fué caminando. A esa hora únicamente el sol, fragua deslumbrante, ocupaba las calles desiertas, salpicando con su quemante chisporío a las chatas casas.

Frente a la plaza principal, donde el monumento al héroe se erguía, una larga hilera de hombres y mujeres fatigados esperaba al vehículo. El viajante ocupó un lugar allí, maldiciendo a la incomodidad. A su lado, un bebé lloraba revolviéndose en los brazos maternos, y los urgentes gritos martilleaban sin piedad el excitado sistema nervioso de López.

Pregonar desvaído de vendedores ambulantes, un agente de policía caminando despaciosamente por el pavimento ardiente, insensible al parecer a la temperatura, olor a cuerpos sudados, irritación a flor de piel.

Por fin, dejando tras de sí un oscuro rastro de humo maloliente, apareció el ómnibus. La gran máquina detúvose, mientras los frenos de aire resoplaban. De inmediato, sin dar ni tan siquiera tiempo a que descendieran sus ocupantes, la columna se puso en movimiento, pugnando por ascender.

—¡No se apuren! Primero deben bajar los pasajeros — gritó el guarda, contrayendo el rostro enrojecido.

Cuando al cabo consiguió subir, López se dejó caer, lanzando un suspiro de satisfacción, sobre el asiento logrado afortunadamente.

Mientras el ómnibus reanudaba la marcha, abandonando rápido la raleada edificación, el hombre observó distraídamente a sus compañeros de viaje. Como de costumbre, eran los tipos familiares: campesinos de expresión impasible y manos temerosamente toscas, algunos colegas, un par de maestras parlanchinas disfrutando las recién iniciadas vacaciones. Pero justamente ocupando la butaca situada al lado de la suya, separadas por el pasadizo, se encontraba un ser de presencia no habitual en esos trayectos. Era una muchacha de unos veinte años, según calculó. Tenía cabellos largos y castaños, suavemente ondulados. El perfil armonioso no contradecía la delicada línea del busto. Lo más hermoso, empero, eran sus ojos. López pudo contemplarlos cuando ella paseó indiferentemente la mirada sobre él. Grandes y claros, luminosos en la carita pálida, albergaban un poderoso ímpetu de vida.

López sintió estrechársele el corazón, dominado por esa indefinible angustia que le provocaba siempre la presencia cierta de la belleza. Constituía algo así como el dolor provocado por lo infinitamente dulce y deseado desde una época inmemorial pero que, bien lo sabía, escapaba a sus posibilidades y nunca llegaría a ser suyo.

Abandonaron la ciudad. Ahora, a ambos lados de la monotonía del camino, sucedíanse maizales que apuntaban arrogantemente sus tallos hacia el duro cielo azul desvaído. A veces eran reemplazados por alegres recuadros de girasoles.

—Boleto, señor.

—Déme uno a Marcos Juárez.

López guardó distraídamente el trozo de papel. En verdad, reflexionó, lo que pesaba desoladamente encima suyo era la tremenda vacuidad de sus días. Arrastraba una vida opaca, se decía muchas veces, integrada por una ininterrumpida sucesión de jornadas que se consumían en un deambular sin objeto. Porque, honestamente, no podía considerarse un objetivo digno de tal nombre la sola y única misión de vender artículos de almacén. Sonrió melancólicamente. ¿Qué balance podía realizar de esas tres décadas ya inapelablemen-

te consumidas? ¡Muy menguado saldo arrojaría tal operación!

Contempló nuevamente a la desconocida. Cuando adolescente quiso vivir una existencia tan hermosa como ella, plena del fulgor vital presente en sus ojos. Deseó que su tránsito ocurriese en un paisaje de alto cielo y diáfano horizonte, ahito de cuanto noble sentimiento es capaz de encender la esperanza del hombre. ¿Dónde estaban actualmente esos propósitos?

En un cruce de caminos, obligando al transporte a detenerse, una tropilla de caballos atravesó el pavimento con paso tardo. Era conducida por dos paisanos de pañuelos flotantes y grandes bombachas, serenamente enhiestos en sus monturas. La columna se alejó por la estrecha huella transversal, dejando una leve tolvanera espesando la transparencia del aire.

Luego de la interrupción, López tornó a sus pensamientos. Debía visitar con regularidad desesperante clientes que le resultaban odiosos, soportar sus ocurrencias, discutir por mil fatigosos detalles y después, terminada la labor, retornar a la horrible indiferencia del hotel. Atravesando la sobremesa rutinaria, concurría a veces a algún cine o si no, muy espaciadamente, una aventura erótica servía para hacer resaltar más aún su soledad. Días, semanas, años transcurridos así. Al regresar a la ciudad, lo esperaban los moletes y el eterno optimismo del jefe de ventas:

—¿Buena jira, no es cierto, López?

¿Hasta cuándo seguiría así? ¡Vaya a saberlo uno!

Chirriando, el ómnibus paró ante una tranquera. Uno de los pasajeros, anciano de elevada estatura, visiblemente molesto dentro del traje "pueblerino", estrecho e incómodo, se aprestó a descender. Portando un gran paquete avanzó haciendo oscilar su carga delante del rostro de los otros viajeros. Ya en la portezuela, miró hacia el interior:

—¡Güenas tardes y felicidad a todos!

En seguida, de nuevo el tedioso deslizarse. La joven leía, inclinada algo la bella cabeza. El viajante la miró, hondamente. ¿Sería capaz de quererlo a él? ¡Hay que ver cuántas sonseras se piensan!; burlóse de sí mismo.

¿No necesitaba, acaso, un ideal gracias al cual la vida tendría un sentido? Su hermano Luis, el mecánico, sí lo tenía, y no ignoraba él cuán feliz era bregando por ese mundo nuevo tan anhelado. De imitarlo, posiblemente adquiriera esa firmeza, esa seguridad ausentes en la actualidad de su carácter. Recuperaría la pureza perdida de la adolescencia.

Y en el amor...

Pasó el guarda.

—¿A qué hora llegamos?

—A las diecisiete.

Sumergiéndose profundamente en el asiento, reclinó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Dentro de una semana finalizaría la jira. Una inquietud profunda, una tristeza cósmica le apretaban le garganta.

A través de los campos estremecidos de fecundidad el ómnibus rápidamente se alejaba, ruidoso y extraño.

# LOS BARRIOS LEJANOS

*Hay barrios lejanos, infinitos barrios  
de mansedumbre y paz,  
que son bucólicos remansos,  
como fotografías de rincones del Paraíso.*

*A veces, pienso yo  
si existirán en ellos manos dulces  
que pongan en el corazón la paz eterna  
de una acequia.  
Y son frescos y puros,  
y el campo viene y entra  
y se acuesta a dormir como un cordero  
de suavidad. ¡Bendito sea el sentimiento  
que entonces nos posee!  
Y que alguien vaya y vea  
esos barrios por dentro,  
por donde camina el tiempo como un niño  
sin pecado; donde la eternidad  
es natural como el mugido de una vaca  
y nadie se sorprende de tener un corazón piadoso.  
Entonces, el barrio crece con nosotros  
y adquiere una estatura honda,  
una figura de catedral.  
Y la hierba canta, canta el polvo,  
y la humildad es un coro  
que nunca escuchó el alma en la ciudad.*

*Yo no digo los nombres pero existen.  
Son seguros y firmes como estatuas,  
y mansos y pródigos como uvas  
o como higueras puestas  
para señalar su tiempo eterno.  
Allí vemos a Dios con un color particular  
y el hombre siente ganas de ser madre  
y alumbrar la felicidad.*

FELIX G. FLORES

Córdoba

**JOSÉ MARTÍ**

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin él que los demás bienes serían falaces e inseguros, ése sería el bien que yo prefiriera; yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre; envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades; sáquese a lucir y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y siganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos.

## TIO ANDRES

Yo quisiera saber qué piensas  
cuando alguno de nosotros te nombra al borde del vino,  
cuando vienes sin nombre,  
sin toses,  
sin camisas  
en esos días de junio, perfecto, sin silencios  
en el cigarrillo, en tu siesta,  
en el alma.

Cuando vienes con la fatiga colgada del brazo como una novia  
de todas las espigas,  
qué piensas del viento, de tus zapatos, de mí.  
Qué piensas  
de esta cosa de haberte abandonado a la última lágrima  
de otoño.

¿No escuchas, a veces, esas voces pequeñas, improntas  
de niño que te encuentra en una esquina?

¿No escuchas crecer la madre selva sobre tu sillón de apio?

Yo quisiera saber en qué beso  
volverás a la intimidad de la ceniza  
o de las monedas del domingo.

Volverás un día entre todos los obreros  
con tu frugal almuerzo y tu traje de mecánico  
entre tornos y patronos  
y sirenas,  
volverás con el hierro  
y con las luchas  
y con las rosas  
y con tu esposa y tu hija  
y con tu llanto.

Volverás a mi casa, al canto de mi madre,  
a darme la mano,  
volverás sin tu tristeza, solo,  
volverás sin el silencio de tus pulmones y tus uñas,  
perfecto,  
volverás,  
yo sé que volverás caminando por tus ojos, por tus venas,  
porque yo sé que tú no faltas  
cuando hay que regresar  
y sé  
que volverás  
cuando te nombre algún niño,  
alguna calle  
o algún pájaro.

ANDRES CINQUGRANA

Buenos Aires, 1957

# PUBLICACIONES

**DE SOLO ESTAR**, por Manuel J. Castilla (editado en Salta).

Las prosas de este nuevo libro de Manuel J. Castilla construyen un sostenido poema, confluencia y cima de sus libros anteriores, en un lírico periplo, que es como un mapa telúrico de la vida de seres y cosas de estas tierras interiores, en las que el país permanece naciente y primitivo. Castilla da al tiempo, expresamente, función de nudo entre los varios frisos del libro, pero, no se trata de un tiempo existencial sino de un aluvial tiempo cósmico que cae y sedimenta sobre la naturaleza y los personajes, ungiéndolos de eternidad, con lo que el todo asume fuerza y gracia de vibrante primitivismo. Atrae ese tiempo sustantivo y corpóreo que cae como un fruto, adhiere al barro de las paredes, se detiene en los rincones o se empoza en las tinajas de barro, cuando no da a los ojos de las mujeres color de uvas enterradas. Y sabe a feliz hallazgo, porque es justamente la ausencia de tiempo existencial lo que corresponde a la naturaleza intacta y a los seres elementales que expresa este libro, naturaleza en la que el hombre no ha dejado o no ha logrado dejar su impronta y hombres en los que el tiempo no ha cavado aún intimidades personales. De allí proviene ese hieratismo que da a estas estampas una casi abstracta dignidad plástica. Y desde ese tiempo, "lento como una miel dorada", nos lleva Castilla hacia el cañaveral que inva-



de las calles del pueblo polvoroso, nos conduce a los valles salteños y a los obrajes del Chaco, nos hace remontar la puna y el altiplano boliviano, y nos sumerge luego en Orán y nos devuelve al Chaco, donde la caña de azúcar y el Carnaval indio cierran el lírico viaje. En todo su curso Castilla se muestra mágicamente consustanciado con el paisaje y con los campesinos y mineros que describe y expresa. Es lo que da a este libro poesía y verdad. — M. B.

THE MALICE OF THEIR CLIME, por Willian Shand (Editorial Raigal —  
colección La Poesía — Buenos Aires)

Evidentemente Willian Shand es un poeta de su época: la época del jazz, de las guerras mundiales, de la publicidad, de los negocios y la burocracia, de Chelsea y Greenwich Village. Además, sus versos tienen un sabor inconfundiblemente insular lo que le confiere una gran afinidad con esas telas de pintores modernos que se exponen en las galerías de su país natal. En suma, al leer esta poesía captamos enseguida que el autor es un hombre de nuestros tiempos y que es inglés.

Su estilo bastante puro y melodioso se presta perfectamente a temas del momento: "Muerte en la plaza", "Un refugiado". Cuando menos "poético", más efectivo es; como por ejemplo en "Cuadros abstractos" y "No hay tiempo!" (No Time! No Time!) de los cuales el último es realmente admirable ya que es más difícil escribir un poema en idioma vulgar y corriente sin que se convierta en una especie de propaganda radial.

A la vez, Shand se muestra capaz de utilizar un lirismo más convencional con toda soltura, como se nota en el poema que da su título a esta obra:

"Hubo una esperanza en Mi Esperanza".

"Hubo un tiempo en mis tiempos

"en que toda tristeza se entristeció

"y yo, rebelde ilaqueante, huí

"de la malicia de su ambiente".

Algunos de los versos sufren de esa debilidad que se nota en mucha literatura y pintura modernas: cierta cualidad confusa o francamente difícil que suele ser —no en este caso, es justo destacarlo— escudo de los incapaces. Algunos de los versos de Shand son difíciles, ya sea porque el lector no alcanza a captar enseguida su sentido, o porque el poeta no siempre logra la calidad necesaria. Da más bien la impresión de que el arte de Shand está todavía en proceso de desarrollo y que al escritor le falta cierta decisión porque el hombre aún no ha decidido cual será su verdadero camino; pero se presiente que aquí puede haber un verdadero maestro y queda el vivo deseo de conocer sus próximas obras.

En conjunto estos poemas nos muestran claramente la imagen del poeta y su palabra. Es el artista que extiende su mano fraternal a la humanidad entera pese a los frecuentes rechazos y hostilidades —"Sé que, rígido, dejarás mi lado y arrastrarás mi mensaje al oído de tu vecino"— que le obligan a veces a huir "de la malicia de su ambiente". La misión de ayudar al hombre es la que distingue a los verdaderos artistas como Willian Shand de los diletantes y los comerciantes, y Shand en toda su obra ofrece su cariño a los humildes de corazón y repudia a los buscadores de falsos valores.

Quizás uno juzgue a esta obra con cierta ternura por saber que el autor ha buscado albergue en nuestra patria. ¡Que su arte florezca y llegue a nuevas cumbres en este ambiente más hospitalario!

Por último cabe elogiar a Editorial Raigal por haber realizado la tarea difícilísima de publicar todo un libro en idioma extranjero, sin que contenga un solo error tipográfico! — P. J. E.

EL NOMBRADOR, por Jaime Dávalos. (Editó Francisco Colombo, Buenos Aires, 1957)

Bajo este título reúne el autor su obra poética realizada entre los años 1944 y 1950, en una correcta presentación prestigiada por un dibujo de Spilimbergo. "El Nombrador" es sin duda el mismo poeta, que da "nombres fundadores del ser y de la esencia de las cosas". (Heidegger); el creador por la palabra.

Algo de esto se insinúa en el primer poema, que da nombre al libro: "Soy el que canta de trás de la coyla..."

Nos encontramos sin duda, frente a uno de los mayores poetas del norte argentino. Temas, giros, modismos, elementos "nombrados", todo denuncia al hombre entrañado en una zona geográfica determinada.

El autor contribuyó junto con otros poetas norteros contemporáneos, a jerarquizar la poesía que aquí se venía produciendo sobre la base de un folklorismo epidérmico, superficial. Y dió valioso aporte a la letra de canciones que alcanzaron amplísima difusión. Sin olvidar, por lo que se refiere al cancionero popular, que los temas anónimos ofrecen un venero inagotable que facilita la tarea del artista culto. Lo cierto es que en este aspecto tuvo el aporte de compositores musicales que, como Gustavo Leguizamón, se adecuaban a sus modernas formas expresivas. De allí el éxito que su pueblo no les ha escamoteado.

¿Será que ya no es posible hablar de romance sin recordar a Lorca? ¿O es que efectivamente se trasluce su influencia en Dávalos? Nos inclinamos por lo segundo, destacando a la vez la virtud del poeta que ha sabido asimilar la obra del gran lírico español, sin perder contacto con los elementos reales que aquí lo circundan. Vayan algunos ejemplos:

"Entre los juncos las ranas,  
cantan su cristalería  
y sapos lejanos doblan  
campanas de palo hundidas".

(Arcilla)

"La luna clava en la selva  
desnudas lanzas de cuarzo..."

(Trópico)

"Asustados peces tajan  
su clara linfa redonda..."

(Contrapunto)

La forma, respetuosa de metro y rima en las cinco primeras partes, es abandonada en los Cantos "A Salta", "A la Madera", "Al Gaucho", "A la Puna de Atacama". El contenido se hace entonces más prieto y denso.

La naturaleza múltiple, sus variados elementos, el paisaje lujoso, todo, inunda la poesía de Jaime Dávalos y desborda este libro. Los poemas amorosos señalados bajo el Nº 4, quedan como perdidos, sin agregar a nuestro juicio, nada importante a la obra por muy intenso que sea el sentimiento.

Sabemos que, después de 1950 (año que limita los poemas de "El Nombrador"), Jaime Dávalos ha recorrido gran parte del país ensanchando así su horizonte geográfico y humano; conociendo y conociéndose mejor. Esperamos confiados ver incluido ese panorama más amplio y profundo, en su próxima obra. — A. F.

**LA MANO Y OTROS CUENTOS**, por Amaro Villanueva (Editorial Cartago Buenos Aires 1957).

Con "La Mano y otros cuentos" Amaro Villanueva efectúa un valioso aporte a nuestra literatura. Doce cuentos, casi todos ellos tomados directamente de la realidad cotidiana, integran el volumen. Algunos podrían ser considerados meras crónicas periodísticas; otros podrían ser juzgados —por su tono y carácter— como simples anécdotas. Sin embar-

go, a juicio de quien esto escribe, todas superan ese nivel y tienen por sí mismas jerarquía de verdaderas páginas literarias.

La razón del hecho que expreso, es muy clara. Amaro Villanueva es un artista. Su prosa es casi oral, su estilo, conversado; pero revelan de inmediato que es la mano maestra de un verdadero escritor la que ha escrito Azucena Tamandúá, La Mano, De a dos...

La prosa de A. V. es excelente, su

capacidad de observador, digna de todo elogio y su condición de hombre sencillo y talentoso se evidencia con tanta franqueza y con tan ponderables aciertos, que obligan con toda justicia nuestra simpatía y nuestra admiración.

De estas narraciones se desprenden, a veces, críticas severas a nuestra realidad, social, política, o económica. Críticas que pueden estar en boca de todos pero que no es frecuente ver trasladadas a las obras de arte. Es un mérito que corresponde destacar.

A. V. no ha "trabajado" sus perso-

najes, pero todos viven naturalmente y poderosamente. No arguyen de modo tendencioso. Enuncian verdades que les ha enseñado la experiencia y las expresan con la elocuente y humilde claridad que vive —como en ninguna otra parte— en los labios del pueblo.

Insisto en que es fácil que a algunos de estos cuentos se los califique como "brochazos" o como "instantáneas". Me permito insistir —a mi vez— en que ello no será justo. Todas son pequeñas obras de arte y algunas, Azucena Tamandú, por ejemplo, honraría a cualquier firma de nuestra actual literatura. — J. C.

### LAS TIERRAS BLANCAS, por Juan José Manauta.

Dice Wladimir Weidlé en "Destino actual de las letras y las artes": "Los virtuosos de la novela —existe actualmente gran número de ellos en todas las literaturas de Europa— emplean toda clase de mecanismos novelescos como otras tantas combinaciones estratégicas del juego de ajedrez, substituyendo así a la imaginación creadora un simple cálculo de la razón".

Esa afirmación —enteramente válida para muchos novelistas contemporáneos de los denominados consagrados— no lo es para el caso de "Las tierras blancas", el libro de Juan José Manauta que mereciera recientemente, con toda justicia Faja de Honor de la S.A.D.E.; pero, anotemos de entrada, la especie de construcción en contrapunto entre los dos personajes principales de libro: La Madre y Odiseo en cierto modo la implica. Esa manera de construir se nos antoja un tanto forzada y no se justifica en muchas oportunidades.

Esta novela —en que a veces encontramos evasiones a la pura prosa, o a la construcción poética, o demasiadas concesiones a un tipo de razonamiento discursivo— se refiere a un determinado tiempo y lugar, no sucede en la mente de nadie sino que se afirma sobre la tierra, nuestra tierra y los hombres que en ella viven y que tanto necesitan ser develados.

Si bien el escaso diálogo es sobrio, casi exacto, bien escrito (por ejemplo el que se entabla entre el Primo y la Angélica) no está exento este libro del pecado —en muchas de sus partes— de decir demasiado (o hacer decir por los personajes) aquello que debiera mostrarse por sí solo o inferirse. Pero ésto último es —a nuestro juicio— la consecuencia de otro error: aquél que surge de la pretensión del autor por introducir una especie de dios (o semidios) inspirador de los pensamientos y discursos de los "personajes buenos" de la novela; así "don Olegario" y "el muchacho de anteojos" son sólo símbolos de una idea (o ideal) en cuyo servicio, a veces, parece haberse orientado la estructura de la obra. Se nota que ambos (aunque en realidad es uno solo, o en todo caso debiera haberlo sido) fueron introducidos en la novela un poco por la fuerza, y así también sus "ideas" y "planes" resultan notablemente prefabricados, es decir llevados de antemano al libro, o lo que es peor que éste sería la resultante de aquello otro.

"Don Olegario" y "el muchacho de anteojos" (¿no es casi ridícula la supuesta existencia de un joven de anteojos que paseándose por los páramos de las tierras blancas razonara con precisión matemática? y en todo caso por qué "de anteojos"? ¿se habrá querido pintar el vulgarismo clisé de un intelectual parudario?) no se equivocan nunca. ("Estoy segura que don Olegario diría lo mismo y que llamaría delincuente al Primo. El Primo debiera hablar con don Olegario alguna vez. Le haría bien")

Ambos superpersonajes son superfluos, innecesarios desde un princí-

pio, porque, inexistentes, se hubiera comprendido igual la finalidad o la intención que se quiso acentuar con su velada presencia. Pero de ese modo a la postre resultan quizá tan sólo la evidencia inútil de un compromiso extraliterario.

En medio de ese ambiente de cosas y de seres que sentimos tan junto nuestro "don Olegario" y "el muchacho de anteojos" son —además de lo dicho— sólo dos (o una) figuras deshumanizadas.

Mas no por lo apuntado tenemos que dejar de señalar que ante "Las tierras blancas" estamos en presencia de una buena novela. Para muchas otras, y de autores que, según ellos y sus adláteres, creen haber trascendido la atmósfera, quisiéramos las virtudes y la fuerza de este libro.— H.T.

## **DIARIO DE UN LOCO, por Lu Shin (Editorial Lautaro, Buenos Aires 1957).**

Cuando conocemos la vida de alguien cuyo libro acabamos de leer, nos entusiasma doblemente el valor de la obra lograda y la humana calidad de un hombre que lúcidamente se ofreció para compartir los sacrificios de su pueblo. Porque al juzgar una manifestación del ser, nada más propio para apreciar la exacta medida y la veracidad de su mensaje, que adjuntar a su conformación individual, la compleja arquitectura de su época. De no ser así, la crítica es parcial e incompleta.

Ejerciendo y recibiendo influencias, la obra, el ser y el medio, se explican recíprocamente y aparecen con la plenitud que nos hace tomar como valor indistinto, la obra, el nombre o el lugar; es decir, hace de un nombre algo así como el sinónimo del determinado momento de un pueblo. Esto ocurre con Lu Shin —poeta, grabador y médico— que en la China de principios de siglo fusiona las antiguas cualidades heredadas, con el germen de la China contemporánea. Entre sus múltiples trabajos, los trece cuentos que forman el "Diario de un loco" —únicos que conocemos traducidos al castellano— llevan, unida a la justeza formal y a la particularidad del estilo (instrumento que en gran parte nos condiciona el medio), la actualización de la popular psicología con heterogeneidad de leyendas y supersticiones, más la fértil ironía que aportando los esquemas estáticos donde aparece el engañoso moho de las tradiciones —abigarrada mezcla de primitiva sabiduría y de posterior ignorancia con toda intención mantenida—, ceremoniosamente nos indica el paso hacia los nuevos caminos abiertos a la esperanza.

Lu Shin, director de "La revista de las palabras de seda", dotado de la proverbial paciencia y del no menos proverbial amor de los artesanos de su pueblo, aprende lecciones de los seres que nadie tiene en cuenta (como aquel cargador que le "enseñó la vergüenza"); toma la borra de la vida pasada y en el frescor de la aurora, pacientemente, humildemente, con una sonrisa triste y alegre, pero segura de sí y de la incontaminada reserva que descubrió en los hombres, modela unas extrañas y sutiles flores de verdadera poesía y cariñosa enseñanza. Con amor, cada cuento nos muestra que en los seres más opacos brilla algo de la infinita bondad humana, y a ellos se acerca solícito y delicado y hasta con cierto temor de herirlos, para extraer de sus pobres vidas el verdadero sentido de advertencia que las experiencias individuales suelen tener para el resto de los hombres. Así como los pueblos dejan una estela, cada uno de los hombres deja la suya. Y cuando las estelas viejas de sus trece cuentos se incorporen a la de su pueblo, todavía estaremos en la duda de qué admirar más, si su vida o su obra. Esa vida que fué como un pequeño paralelo a los de su antigua tierra y que, dosificando la convulsionada variedad de la época con la lentísima decantación de las eternas formas del arte, acudió hasta donde las hordas del Kuomintang se solazaban en la miseria y el hambre de su patria.

Lu Shin falleció en 1936.

Tal vez su cuerpo, junto a los cuerpos de otros artistas y anónimos patriotas, esté en "La colina de la lluvia de flores". — N. G.

**Almafuerte (el poeta y el hombre)** por FRANCISCO E. RIERA. Editorial "Nueva Vida", Avellaneda.

**Prometeo** por ROMUALDO BRUGHETTI. Colección Escritores del siglo XX. Editorial "La Mandrágora". Buenos Aires 1956.

**la tierra y el designio** por LURO BRO. Colección Laurel. Editorial Acanto. Buenos Aires 1957.

**Rapsodias litoralenses** por JOSE C. CORTE. Editorial Castellví. Santa Fe 1957.

**La novela de dos centavos** por BERTOLT BRECHT. Jacobo Muchnik editor. Buenos Aires 1955.

**La pasión rota** por TILO WENNER. Colección Poesía. Ediciones Serpentina. Buenos Aires 1957.

**De solo estar** por MANUEL J. CASTILLA. Ediciones El Estudiante. Salta 1957.

**Panorama desde el puente** por ARTHUR MILLER. Jacobo Muchnik editor. Bs. Aires 1956.

**La luna con gatillo (antología poética. Tomo I)** por RAUL GONZALEZ TUÑON. Editorial Cartago. Buenos Aires 1957.

**Retrato del artista cachorro** por DYLAN THOMAS. Jacobo Muchnik editor. Buenos Aires 1957.

**Presencia y tiempo** por AMILCAR URALDE. Ediciones "Voz Viva". Buenos Aires 1957.

**Las brujas de Salem** por ARTHUR MILLER. Jacobo Muchnik editor. Buenos Aires 1955.

**El primer choque (La torre de agua, Tomo I — El golpe del cañón, Tomo II — París con nosotros, Tomo III)** por ANDRE STIL. Editorial Cartago. Buenos Aires 1957.

**El Nombrador** por JAIME DAVALOS. Francisco R. Colombo editor. Buenos Aires 1957.

**La calle de la esperanza** por WOLF MANKOWITZ. Jacobo Muchnik editor. Bs. Aires 1956.

**Agnese va a la muerte** por RENATA VIGANO. Editorial Platina. Buenos Aires 1957.

**Cinco poemas jujeños** por FRANCISCO R. GOMEZ. Síntesis poética mensual. Dirige Vicente P. Giorno. Buenos Aires 1957.

**Mañana** por J. M. TAVERNA IRIGOYEN. Librería y editorial Castellví. Santa Fe 1956.

**El cerco** por MARIA LUISA RUBERTINO. Edición del carro de Téspis. Colección Nuestro Teatro. Buenos Aires 1957.

REIVINDICACION Villa Angela (Chaco) — SUL Florianópolis — Santa Catarina — Brasil — TRABAJO Tucumán — VERTICE Coimbra — Portugal — REVISTA DE EDUCACION Ministerio de Educación — La Plata — NUEVOS HORIZONTES Tupiza — Bolivia — VERTICE Jujuy — MEXICO EN LA CULTURA — Buenos Aires — TIEMPO DE AMERICA — Buenos Aires — TIEMPO NUESTRO — Buenos Aires.

LIBROS Y

REVISTAS

RECIBIDOS

## CHANGUITO SI

*Literatura*

- Busignani  
pág. 149/69  
Calveti  
pág. 158/71  
Cinqugrana  
pág. 168  
De Lellis  
pág. 156  
Di Mauro  
pág. 154  
Edmunds  
pág. 170  
Fidalgo  
pág. 170  
Flores  
pág. 166  
Garzón  
pág. 150  
Giannuzzi  
pág. 152  
Groppa  
pág. 173  
Ibáñez  
pág. 175  
Mastronardi  
pág. 160  
Tizón  
pág. 172

*Plástica*

- Audivert  
pág. 156  
Leaño  
pág. 158  
Maggi  
pág. 169  
Pantoja  
pág. 149  
Pellegrini  
pág. 152  
Policastro  
portada

*Gráfica*

- linotipista  
T. Ovando  
tipógrafo  
J. Valda  
maquinista  
E. Villalba  
fotograbador  
M. De La Torre

•

Proximamente

LIBRO de HOMENAJE  
por  
JORGE CALVETTI

Ediciones TARJA  
S. S. de Jujuy — 1957

ADOLFO Y BENJAMIN  
IBÁÑEZ - 11- 12 años. Inge-  
nio Rio Grande - La Mendieta

*Pelando cañitas  
yo gano jornal...  
mi tata lo gasta.  
Qué lindo será...*

*Jugando, jugando,  
apilamos ya,  
si viene el carrero,  
qué lindo será...*

*Mi mama se ha muerto,  
por donde andará...  
mi tata se macha,  
qué triste será...*

*Cuando caiga helada  
qué frío me hará...  
no tengo saquito,  
qué triste será...*

*Cuantito sea hombre  
y pueda gastar  
tendré mi ponchito  
ni frío me hará.*



MARIO MALDONADO - 12 años - J

# CHANGUITO SUFRIDO

ADOLFO Y BENJAMIN  
IBÁÑEZ - 11- 12 años. Inge-  
nio Río Grande - La Mendieta

*Pelando cañitas  
yo gano jornal...  
mi tata lo gasta.  
Qué lindo será...*

*Jugando, jugando,  
apilamos ya,  
si viene el carrero,  
qué lindo será...*

*Mi mama se ha muerto,  
por donde andará...  
mi tata se macha,  
qué triste será...*

*Cuando caiga helada  
qué frío me hará...  
no tengo saquito,  
qué triste será...*

*Cuantito sea hombre  
y pueda gastar  
tendré mi ponchito  
ni frío me hará.*



MARIO MALDONADO - 12 años - Jujuy

# TARJA

AÑO I

CONFERENCIAS Día del escritor,  
13 de Junio del 56, Mario Busignani,  
Jorge Calvetti.

CONCIERTOS Ariel Ramírez, Nelly  
Ase, Leda y María.

EXPOSICIONES: Grabadores de Bs.  
Aires, Medardo Pantoja, Luis Pelle-  
grini, Antonio Fernández Otero, Gus-  
tavo Lara Torres.

TITERES: Teatro de Títeres "La  
Pareja" de la ciudad de Córdoba.

Conciertos — conferencias — expo-  
siciones en Mina Aguilar — San Pe-  
dro de Jujuy — Mina Pan de Azúcar  
— Humahuaca — Abra Pampa.

Creación del teatro de títeres de  
"Tarja" EL QUITUPI.

Apertura de la librería TARJA. No-  
vedades editoriales, venta de cua-  
dros, consulta de las revistas y li-  
bros de canje, venta de piezas úni-  
cas de cerámica.

Creemos de ineludible deber el agra-  
decimiento a nuestros colaboradores  
directos y a todos aquellos que de  
una u otra forma nos hicieron llegar  
su estímulo.

S. S. DE JUJUY, Agosto de 1957.

IMPRIMIÓ EN JUJUY

**JOSE FRANCISCO ORTIZ**

TARJA PUBLICACION DE ARTE APARECE BIMESTRALMENTE. - CORRESPONDENCIA

CANJE: S. PEREZ 235 - JUJUY. El ejemplar 6.- \$

RUEGO EN LA  
MUERTE DE UN  
MINERO

---

TARJA 7

ANTOLOGIA

---

L. PELLEGRINI  
XILOGRAFIA

# RUEGO EN LA MUERTE DE UN MINERO

.....

Por qué subiste para tener que bajar ensangrentado!  
Qué será de mí sola en tierra extraña;  
me trajiste para abandonarme;  
vayas donde vayas te seguiré esperando.  
Haré de cuenta que siempre vendrás donde nosotros.  
¿Quién trabajará para tus hijos?  
¿Qué será de mí en estas tierras ahora que nos dejas?  
¿Por qué no me llevas junto a tí,  
compañero de mi vida?  
Quizás hayas muerto sin decir Jesús.  
Cuando esté junto a nuestro hogar seguiré esperando  
porque siempre estaré junto a tí.  
Ruego a la Pachamama me lleve donde vos.  
¿Qué será de mí ahora que nos dejas?...

.....

*Imapacc huicharerckanqui yahuarchascca huraycunaiquipacc,  
Imachus ccanka ñocca sapai runacc llactampi,  
Pusamuarcanqui sakcenaiquipacc;  
Rectiyqui maiman rectiyqui suyasunay tiyan.  
Yuyaippi rusacc ñoccaycospaman jamunaiquita  
¿Pi llanccanka guguasnimquipacc?  
Imachus ccanca ñoccamanta, cai jallpaspi saqueuactiqu  
¿Imacc mana pusamuanqui Kaunan cuska, causainiypa tantaska?  
Ichis huañunqui mana Tatanchaccta okarispa,  
Maipachachus huasicuman chayasacc jacti suyaskayqui  
Imachus huiñay casacc, kauan cuscca,  
Mañasacc Pachamamaman pusamunawanpacc, maipichus kanqui, chayman  
¿Imachus kcanca ñoccamanta, cunan saquehuactiqu?*

Mina Pan de Azúcar, Jujuy, Feb. de 1957  
Traducción literal de C. ORTIZ — versión quichua de I. VILLENA



